

NUESTRO FOLKLORE



Chocolateros de Cogolludo.



Botarga de Arbancón, desfilando en el Carnaval. Guadalajara, 2011

FOTOS: JOSÉ A. ALONSO.

CON LA VENTANA ABIERTA

JOSÉ SERRANO BELINCHÓN

Cuenca, Semana Mayor

A cabo de escuchar el "Miserere" de Pradas en una estupenda grabación que el coro de la Diputación de Cuenca realizó en pasadas décadas, y que me ha servido en bandeja la oportunidad de escribir en su momento justo acerca de la famosa Semana Santa de la ciudad vecina, tan cargada de añosos y entrañables recuerdos de juventud. El Miserere de Pradas y la marcha procesional "San Juan" del maestro Nicolás Cabañas, son de alguna manera, si no los himnos, sí los emblemas sonoros de su Semana Mayor. El Miserere, del famoso organista de la catedral conque en el siglo XVIII, es un grito de desgarrado dolor, que encuentra toda su plenitud cuando es interpretado a cuatro voces mixtas, en plena calle, tarde y noche del Viernes Santo, desde la escalinata de la iglesia de San Felipe, en la Cuenca antigua que sube hasta la Plaza Mayor. Se cuenta, que el compositor propinó a su mujer una paliza soberana porque no le salía bien la nota del lamento final, queriendo así tener próximo a él, incluso en lo físico y natural, el grito angustioso de un alma en pena, que le habría de servir para llevar al pentagrama el acorde apetecido, vaya usted a saber. Para los cuenqueses, el origen del Miserere pudo ser ese; pero suponiendo que la noticia fuese atribuida al complicado carácter del compositor, y puro producto de la imaginación, ahí queda el resultado apetecido, como flotando de la naturaleza doliente. Una obra que con el paso de los años y de los siglos se ha hecho tan conque como los farallones de las hoces junto al río, como el cerro del Socorro que domina la ciudad, como el moruno torreón de Mangana que le da las horas. La tradición semanastera de Cuenca, en su aspecto conocido y documentado, es anterior al siglo XVI. La ciudad, con sus callejuelas estrechas y empinadas, con sus rincones insólitos de ciudad mágica, se viene transformando cada año por estas fechas en un Barrio de Pasión, su fama ha conseguido tal tamaño, que, desde hace cuatro o cinco décadas, se pasea con derecho propio por los calendarios y guías turísticas de todo el orbe, como acontecimiento único, declarado oficialmente de "interés universal". Una manifestación insuperable de arte y de fervor, en conexión perfecta con el paisaje y con el modo de ser de las gentes de Cuenca, imposible de imitar, ni aun en su sombra, a otro escenario del Planeta, por muy exótico y afortunado que sea.

Entre bulas y "matahambres"



JOSÉ ANTONIO ALONSO Etnólogo

En nuestra sociedad, cada vez más laica, el tiempo de Cuaresma se vive con menos restricciones alimentarias y festivas, pero en las sociedades tradicionales, que aquí venimos comentando, la práctica religiosa y la vivencia colectiva hacían de este periodo un tiempo de silencio y frugalidad que invitaba -al menos esos eran algunos de los objetivos- a la meditación y a la renovación personal. Muchas de aquellas prácticas han desaparecido, otras se han transformado. Todavía hoy muchas personas viven, desde su fe, este tiempo especial de recogimiento y oración. El calendario religioso sigue, en gran medida, configurando la vida de nuestras gentes y la sociedad civil sigue protegiendo y auspiciando, incluso, procesiones y eventos religiosos que forman parte de nuestro acervo cultural; pero el panorama ha cambiado mucho y, hoy en día, no resulta extraño encontrarse con eventos festivos, en tiempo de Cuaresma, que nada tienen que ver con la antigua rigidez que vivieron nuestros ancestros y en la que muchos de nosotros crecimos.

Los nuevos tiempos han reforzado algunos ritos y han hecho que otros muchos desaparecieran prácticamente o quedaran como un recuerdo lejano. Uno de los cambios reseñables de nuestra sociedad actual es que muchos ritos rurales se han urbanizado. Guadalajara capital, como otros núcleos urbanos, se ha nutrido del componente poblacional de sus villas y pueblos, y los nuevos "urbanitas" hemos traído con nosotros el recuerdo de nuestras antiguas costumbres y las hemos sacado a relucir, aquí, en la Guadalajara que nos ha acogido. Los tiempos que nos han tocado vivir son los de "la civilización del espectáculo" que da título a uno de los ensayos de Mario Vargas Llosa. La urbanización de los ritos populares hace que los antiguos romances pasen a interpretarse de la lumbre y el hogar

a los escenarios. Igual ha pasado con las nanas íntimas que nos adormecieron, ahora objeto de grabaciones discográficas e interpretadas por coros y grupos en contextos muy diferentes. Las rondas navideñas recorrían las calles de pueblos y ciudades pidiendo el aguinaldo y hoy se exhiben en grandes escenarios, ante la presencia de cientos de espectadores.

En nuestra tierra el Carnaval es uno de esos ciclos que tuvieron un

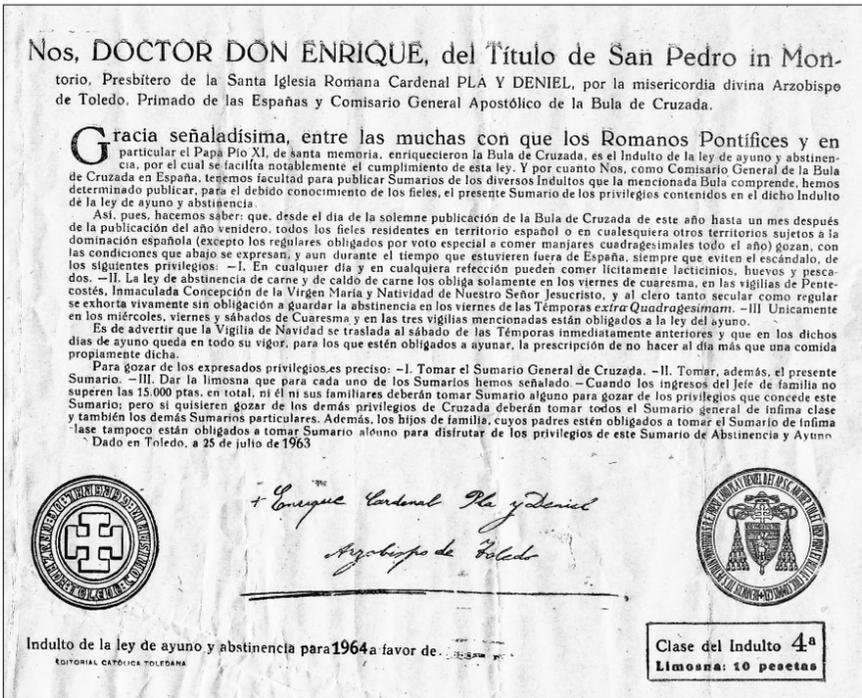
dependen de la fijación de la fecha culmen de todas esas celebraciones: el Domingo de Pascua, que es el primer domingo después de la primera luna llena de la primavera de nuestro Hemisferio Norte. En nuestra tierra agrícola y ganadera, todavía hoy, tiene gran importancia el ciclo de invierno. Con las matanzas hechas, se trataba de celebrar con las despensas llenas. Era el tiempo del sanador y ganadero san Antón, de san Sebastián, de la Candelaria, san

chocolateros de Cogolludo han salido ya por las calles, tentando a los transeúntes con su dulce oferta de chocolate y bizcochos, anunciando la llegada de la Cuaresma, ese periodo que fue al principio de cuarenta días, recuerdo de otros tantos que Jesucristo pasó en el desierto, siendo tentado como cualquier otro mortal. Lo que antiguamente eran días de ayuno, pasó a moderarse con el tiempo. Las restricciones en el consumo de carne se paliaban

con la compra de las famosas "bulas", una fuente de ingresos para las arcas de la Iglesia y una de las banderas agitadas por los protestantes en su momento; pero la prohibición de comer carne los viernes sigue vigente y todavía muchas personas siguen observando dicha práctica.

LLegados a este punto de la Cuaresma en que nos encontramos, recuerdo aquellas bulas, hojas sueltas que andaban rodando por la casa por estas fechas y evoco la sencilla gastronomía familiar de mis orígenes serranos, especialmente frugal y comedida por Cuaresma. A falta de carne, mi madre echaba al potaje unas bolas de ajo, perejil, huevo y pan rallado que, previamente, había frito en la sartén. A mí me gustaban mucho, tanto fritas como añadidas

después al potaje. Con bulas o sin ellas, luego las hemos seguido comiendo en casa de mis padres y yo, ahora, las sigo cocinando en casa, fuera de fechas incluso, siempre que me sobra algo de huevo de los rebozados. Con el tiempo, me he ido enterando que ese somero plato de mi infancia estaba extendido por otros muchos lugares y se conocía en otros pueblos con el nombre de "matahambres", una denominación muy ocurrente, sonora y definitiva. Mi madre las llamaba simplemente "bolas" y para mí son un poco el símbolo de tantas historias entrañables. Pero también son representativas de nuestra gastronomía tradicional. ¡Cómo se puede hacer una cosa tan rica con unos ingredientes y una elaboración tan sencillos! ¡Buen provecho!



Bula de indulto de la ley de ayuno y abstinencia. 1964.

gran peso en la sociedad tradicional y que hoy siguen gozando de enorme popularidad. Uno de los actos centrales del Carnaval de la ciudad de Guadalajara es el viernes que, con motivo del Pregón, concentra en la Plaza Mayor de la ciudad a botargas y personajes carnavalescos tradicionales, llegados desde varios puntos de nuestra tierra; y lo hace sobre un escenario con focos, altavoces y fuerte presencia mediática y popular. Es el signo de los tiempos.

Pero retomemos el hilo de nuestro primitivo discurso. Como ocurre casi siempre, para entender nuestros ritos y fiestas tenemos que acudir a los ciclos naturales que condicionaron el origen de los calendarios: las fechas del carnaval, de la Cuaresma, de la Semana Santa

santa Águeda, por citar algunos hitos de nuestro reciente santoral. La tierra, finalmente, estaba sembrada y las botargas salieron a auspiciar el crecimiento del fruto recién esparcido. El Carnaval era la despedida de un tiempo y la entrada en otro. El Jueves Lardero -torrendo entero- era el día de llenar las barrigas de reservas para los días austeros que se venían encima. En nuestra tierra esta fecha sigue celebrándose mucho en el ámbito escolar. Ese día abundan las meriendas de tortillas preñadas de chorizo y torrendillos, y algunas instituciones se unen a las celebraciones con el reparto de chorizos para el público en general. En algunas localidades alcarreñas, Sacedón por ejemplo, se cocinan las famosas piñas, a base de bolitas de masa frita rebozada con miel. Los